

Una nueva interpretación de la historia de la antigüedad clásica

Ricardo MARTÍNEZ LACY

SUMARIO: 1. Introducción. 2. El marxismo como método. 3. Grecia y Roma en la historia del poder. 4. Grecia (y Fenicia). A. Dialéctica del desarrollo de Grecia y Fenicia. B. Fenicia. C. Los orígenes del poder griego. D. Qué es una pólis. Condiciones de su surgimiento. I. La economía de la edad del hierro. II. El comercio y la unidad de Grecia. III. La organización militar y "la sociedad unitaria". IV. El alfabetismo. V. La comercialización de la agricultura. VI. La guerra naval a gran escala. VII. Cronología y periodización. E. Los límites del desarrollo de la pólis. I. Las contradicciones entre la pólis y el helenismo y su relación con "el poder difuso". II. La ideología griega y la lucha de clases. 5. Roma. A. Génesis del Imperio Romano. B. Roma como imperio territorial. C. Las masas. D. La clase dominante. E. "Declinación y caída del Imperio Romano". 6. Conclusiones.

1. En el presente escrito me propongo hacer un análisis crítico desde un punto de vista marxista de los capítulos dedicados a Grecia y Roma en *Las fuentes del poder social. Volumen I: Historia del poder desde el principio hasta 1760 d.C. (The sources of social power. Volume I: A history of power from the beginning to A.D. 1760*, Cambridge, University Press, 1986), de Michael Mann.

Los capítulos en cuestión abarcan de la p. 190 a la 230 y de la 250 a la 300 en un volumen de 541 páginas. Hay que aclarar que esta obra se abre con un capítulo introductorio, cuyo título es "Sociedades como redes de poder organizadas" (pp. 1-33). Ahí se presenta una exposición preliminar de los conceptos a desarrollar en un tercer volumen.¹ Entraré en la discusión de estos problemas sólo en función de mi tratamiento de la antigüedad clásica.

¹ No tengo noticias sobre el progreso de la publicación.

Por todas estas consideraciones, no me propongo hacer una reseña, cosa que el lector podrá encontrar en el artículo de Chris Wickham, "Historical materialism, historical sociology", *New Left Review*, 171, septiembre-octubre de 1988, pp. 63-78.

2. Antes de emprender la crítica, me parece necesario hacer algunas consideraciones de método.

Si nosotros estudiamos la historia del poder o la historia política, es porque nos interesa incidir en una práctica más consciente de ella. Aunque es claro que la política, al hacerla los hombres y las mujeres, tiene siempre una racionalidad y un propósito, también es cierto que ellos escapan las más de las veces a sus propios autores. Así, se dice que la historia la hacen los pueblos, pero muchas veces éstos pueden vivir bajo la constricción de un gobierno autoritario, dictatorial o despótico. Lo que quiero decir con esto es que nadie puede pretender que la racionalidad de la historia política sea intrínseca sino, como dice Kosík, la racionalidad se la atribuimos al tratar de entenderla para dominarla. Si hablamos, para usar un ejemplo de Mann (p. 531), de las "contradicciones inevitables de las relaciones y las fuerzas de producción" no necesariamente nos estamos remitiendo a una de las "Verdaderamente Grandes Teorías de la Sociedad", sino que podemos, con toda la libertad intelectual de la que cualquiera debe gozar, hacer una abstracción teórica e intelectual como cualquier otra.

Además, la actitud crítica de Mann hacia el marxismo, concebido como una posición que pretende erigirse en "Gran Teoría", parte del supuesto, definido con máxima claridad por Leszek Kolakowski, de que el estalinismo es su consumación y que los marxistas que difieren de él son heterodoxos. Por mi parte, no considero al marxismo como un corpus cerrado y definido de ideas ni lo concibo como una ideología ahistórica o suprahistórica, ni niego que esté sujeto a contradicciones o debilidades ni dudo que sea perfectible o superable. En otras palabras, no lo veo como una "Verdaderamen-

te Gran Teoría de la Sociedad" sino, al igual que Mann en el uso que hace de ella, como una teoría más cuya pertinencia se prueba en la práctica.

Una vez hechas estas aclaraciones, paso a explicar el lugar que Mann asigna a Grecia y Roma en su visión de las sociedades preindustriales a las que está consagrado este primer volumen de la historia del poder.

3. Nuestro autor afirma (pp. 533-4) que hay dos tipos principales de configuración del poder, los "imperios de dominación" y las "civilizaciones de autores de poder múltiples", a las que define de la siguiente manera:

1. Los *imperios de dominación* combinaban la coerción militar concentrada con un intento de centralización estatal territorial y hegemonía geopolítica. Así que también combinaban poderes autoritarios intensos a lo largo de estrechas rutas de penetración que un ejército era capaz de ejercer, con un poder más débil, pero de todos modos autoritario, y mucho más extenso, ejercido sobre el conjunto del imperio y clientes vecinos por su estado central. El principal papel reorganizador es jugado aquí por una mezcla de poder militar y político, en la que predomina el primero.

2. En las *civilizaciones de poder múltiple*, los actores del poder descentralizado competían entre sí dentro de un marco conjunto de regulación normativa. Aquí los poderes extensos eran difusos, perteneciendo a la cultura en su conjunto más que a cualquier organización autoritaria de poder. Los poderes intensos eran poseídos por una variedad de autores de poder pequeños y locales, a veces estados en una civilización multiestatal, a veces élites militares, a veces clases y fracciones de clase, por lo general mezclas de todos éstos. Las fuerzas reorganizadoras predominantes eran aquí económicas e ideológicas, si bien en combinaciones variadas y frecuentemente con ayuda política y geopolítica.

El lector común resentirá la abundancia de neologismos, de los que los sociólogos han sido tan pródigos desde la fundación de su ciencia, así que puede valer la pena intentar aquí una glosa.

Mann está clasificando políticamente las civilizaciones en dos tipos: unitario y disperso. Las primeras están regidas por un estado que recurre sobre todo a su propio poder desnudo, mientras que en las segundas hay varios estados o poderes que compiten entre sí, echando mano, principalmente, de la economía y la ideología.

Es claro que Roma sería una civilización políticamente unitaria y Grecia, dispersa. En la página siguiente (*sc.* 535), nuestro autor afirma que hay una “posibilidad de una repetida interacción activa entre ejemplos que se aproximan a los dos tipos ideales de dinamismo del poder” y que ella debe ser explorada, sólo que esta exploración queda tan sólo enunciada seis capítulos más adelante de donde pudo haberse abordado.

4.A. Al pasar a analizar el capítulo VII, el primer problema es una falta de precisión, pues Mann empieza afirmando lo siguiente (p. 190):

Sugiero que pueden discernirse dos dialécticas principales en la emergencia de Fenicia y Grecia como “orillas dirigentes” del poder contemporáneo.

En efecto, la palabra “sugiero” sugiere que, así como ha propuesto éstas, Mann pudo haber presentado cualquier otra sugerencia sin comprometer su opinión, mientras que al hablar de “dialécticas principales” (en plural) sugiere una mera sucesión de hechos sin detenerse a tratar de explicar su mutua relación. Nuestro autor podría entonces desdecirse en cualquier momento y “sugerir” otras “dialécticas”, pero por lo pronto es necesario enfrentarse a la sugerencia presentada:

1. Fenicia y Grecia emergieron en los intersticios de las civilizaciones del Cercano Oriente y zozobraron ante nuevos imperios surgidos en sus respectivos márgenes.
2. Grecia se caracteriza por “el crecimiento e interacción de tres redes de poder... la ciudad-estado; ...Grecia ...y ...la

humanidad en su conjunto" (p. 190). A su vez, las características de las primeras dos redes propiciaron la "praxis popular" (es decir, la participación política) y la lucha de clases.

B. Mann hace una buena interpretación del surgimiento de Fenicia (pp. 191-5): en el vacío de poder que dejaron los pueblos del mar y como un poder comercial que se desarrolla ante la extensión del comercio por la multiplicación de mercancías (p. 192, donde omite, sin embargo, mencionar a los esclavos) y el debilitamiento o la desaparición de los estados que lo habían monopolizado. Este proceso se da además en condiciones tales que no hay un estado que pueda dominar mar y tierra a la vez, y el desarrollo conjunto de esta civilización lleva al alfabetismo y al surgimiento (tanto en Fenicia como en Grecia) de una economía monetaria.

C. En lo que se refiere a "los orígenes del poder griego" (pp. 195-7), Mann enfatiza (usando un término medieval) el carácter de "marca" de Grecia con relación al Cercano Oriente, posición que la hacía además intermediaria obligada entre Asia y el resto de Europa.

La única observación que se le podría hacer es que presenta como algo claro un proceso en gran parte desconocido y tan confuso que a esta época de la historia de Grecia se la ha llamado, precisamente, oscura. En efecto, los elementos de continuidad o ruptura entre las culturas micénica y griega no se pueden precisar. Así, en su libro *The dark age of Greece* (Edinburgh, University Press, 1971, citado por el propio Mann), Anthony Snodgrass explica cómo la cerámica micénica degeneró en submicénica para ser sustituida por la protogeométrica,² mientras que en una obra de difícil acceso (*Notes on external relations and social formation of Mycenaean Greece*, Tokio, A. Kuwahara, 1987), Hiroshi Kuwahara sugiere que hay una continuidad en las comunidades campesinas, tributa-

² Desde luego, la obra de Snodgrass presenta muchos más datos y detecta continuidad (y discontinuidad) en el patrón geográfico de la población, las costumbres funerarias, el uso de metales, etcétera.

rias en el periodo micénico y libres a partir de la caída de esa cultura y, finalmente, la migración de los dorios (a la que nuestro autor se refiere como “el movimiento original de los dorios, jonios y otros: quienesquiera que hayan sido...”) ha jugado, tanto en la Grecia antigua como en nuestros tiempos, un papel ideológico que impide usarla como dato sin tratar de desenmarañar el enredo historiográfico en que se encuentra, mientras que, por otra parte, no se encuentra traza alguna arqueológica que obligue a concebirlas como los que rompieron o podrían haber roto una continuidad entre Micenas y Grecia.³ En otras palabras, la certidumbre sobre el tema está muy lejana a pesar de que la ignorancia completa no impida decir algo al respecto.

D. La definición de *pólis* es muy justa.

La *pólis* era un estado territorial autónomo que consistía en ciudad y *hinterland* agrícola, en el cual todos los hombres terratenientes —aristócratas o campesinos— nacidos en su territorio, poseían libertad y ciudadanía. Las dos nociones fundamentales eran igualdad ciudadana entre terratenientes y lealtad a la ciudad territorial más que a la familia o al linaje (p. 197).

Mann afirma que las condiciones para el surgimiento de la *pólis* fueron la economía de la edad del hierro, el comercio, la organización militar, el alfabetismo, la comercialización de la agricultura y la guerra naval a gran escala.⁴

³ Cf. A. Schnapp-Gourbeillon, “L’invasion doriennne a-t-elle eu lieu?” en C. Mossé (ed.), *La grèce ancienne*, Paris, Édition du Seuil, 1986, pp. 43-57, y C. Christ (ed.), *Sparta*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1986.

⁴ Esto concuerda con el enunciado de Mann (p. 2) de las “cuatro fuentes del poder social: relaciones ideológicas, económicas, militares y políticas (IEMP)”, que son definidas como “1. redes cruzadas de interacción social... [y también] 2. organizaciones, medios institucionales para alcanzar propósitos sociales. Su primacía no proviene de los deseos humanos por satisfacción ideológica, económica, militar o política, sino de los medios organizativos que cada una posee para alcanzar propósitos humanos”. Mann continúa con una crítica de sistemas sociológicos opuestos y un enunciado de las características de las fuentes de poder enunciadas. Por desgracia, Mann no explica por qué propone estas cuatro fuentes y no otras (¿por qué, por ejemplo, separa la política de lo militar?; ¿por qué encuadra a todas como constitutivas de un poder social?;

Trataré estos factores en el orden enunciado por Mann.

I. *La economía de la edad del hierro* es tratada en el capítulo anterior (VI, pp. 184-9). Al respecto, señala nuestro autor que lo importante del hierro es lo barato que resulta encontrarlo y elaborarlo. Esto tuvo consecuencias económicas y políticas. Las primeras consistieron en la posibilidad del cultivo de temporal en zonas hasta entonces marginales como Asiria o Grecia, la descentralización económica que confirió mayor poder al campesino y el desarrollo del comercio, que dejó de ser un monopolio estatal para dar acceso directo a los campesinos, los comerciantes libres y los piratas. Las consecuencias políticas fueron, en Grecia, el surgimiento de la *pólis*.

II. Tiene toda la razón Mann cuando dice (pp. 198-9) que *la relación entre pólis y comercio* era peculiar y que "el comercio no era central a la *pólis*" (p. 198), pero se extraña una discusión más amplia que tome en cuenta toda la discusión al respecto desatada por *La economía de la antigüedad*⁵ de Finley. Revisando su bibliografía (p. 229-30) se ve que nuestro autor consultó los siguientes libros sobre el tema: *Economic and social history of ancient Greece* de Austin y Vidal-Naquet,⁶ *Slavery in classical antiquity*, una antología de Finley (Cambridge, Heffer, 1960), *The origins of money*, de P. Grier-son (London, Athlone Press, 1977), *An ancient economic his-*

¿por qué no considera la posibilidad de que haya modos no institucionales para alcanzar propósitos sociales?). Volviendo a Grecia, se puede aplicar el esquema general de la siguiente forma:

relaciones económicas: economía de la edad del hierro
comercio
comercialización de la agricultura
militares: la organización militar hoplítica
ideológicas: alfabetismo
políticas: no se enuncian.

⁵ London, Chatto and Windus, 1973, hay traducción al español publicada en Madrid por el Fondo de Cultura Económica.

⁶ London, B.T. Batsford, 1977. Hay una traducción al español publicada en Barcelona por Paidós, 1986.

tory de Fritz Heichelheim (3 v., Leiden, Sijthoff, 1958-1970) y la *Historia social y económica del mundo helenístico* de Mikhail Rostovtzeff.⁷ Faltan pues los libros escritos y editados por Garnsey, Whittaker y Hopkins, quienes, con Finley, conforman la escuela de Cambridge.

Pues bien, esta escuela (principalmente Finley) ha problematizado la relación entre economía y comercio en la antigüedad clásica y ha llegado a la conclusión de que éste se limitaba a artículos de lujo y a artículos de primera necesidad que no se podían conseguir en todas partes (como madera, o trigo en tiempos de carestía).

Mann afirma que "Grecia" fue creada precisamente por el desarrollo del comercio como una "organización económica colectiva" (p. 198), pero esto debe por lo menos matizarse, ya que, si la *pólis* era una comunidad de campesinos con una aristocracia, tendía a la autonomía tanto política como económica, y aunque Platón deplore que la *pólis* no pudiera vivir aislada, el hecho es que el comercio ocupaba una posición marginal, como el propio Mann afirma.

La generación de una Grecia unitaria hay que buscarla pues en otra parte.

En primer lugar, había (y hay) una unidad geográfica de lo que se puede considerar la cuenca del Egeo que abarcaría la costa occidental de Anatolia (e islas adyacentes), Creta, el Peloponeso, Grecia central, Tesalia y las costas egeas de Macedonia y Tracia.

Luego, tal vez más importante, hay una unidad histórica. En la edad del bronce se dio, en Creta, la cultura minoica, que influyó en el surgimiento de la cultura cicládica en las islas y micénica en el continente, culturas todas que, al caer, liberaron a los campesinos y permitieron el surgimiento de la *pólis* que, al contacto con otras (generalmente no comercial, M. I. Finley, *El mundo de Odiseo* [3a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1980, capítulo III: "Riqueza y trabajo"])

⁷ Tres volúmenes, 2a. ed., Oxford, Clarendon Press, 1954, traducción al español: 2v., Madrid, Espasa-Calpe, 1967.

fue gestando un sentimiento panhelénico que tuvo consecuencias culturales como los juegos olímpicos.

El comercio entraría como consecuencia o efecto de estos dos factores primarios y tendría un lugar al lado de la guerra y la diplomacia, entre otros nexos entre griegos.

III. En cuanto a la *organización militar*, Mann hace adecuado énfasis en el armamento hoplítico y las tácticas derivadas de él. Es curioso, y no deja de ser sugerente, lo que Mann dice sobre los estudios al respecto, de los que cita tres artículos de Snodgrass, Cartledge y Salmon (cada uno)⁸ y los caracteriza de la siguiente forma:

La controversia "ha girado principalmente en torno a la influencia hoplita sobre las luchas por una constitución monárquica, aristocrática, tiránica o democrática en los siglos VI y VII a.C. [y agrega que ella] está dominada implícitamente por el modelo de la 'sociedad unitaria'. El debate presupone que las luchas constitucionales estaban ocurriendo en torno a una 'sociedad' ya existente: la ciudad-estado" (p. 200).

Aquí se hace necesario explicar qué entiende Mann por "sociedad unitaria". En el capítulo introductorio (p. 1), nuestro autor postula que "*las sociedades están constituidas por múltiples, cubrientes (overlapping) e intersectantes redes de poder socioespaciales*" (subrayado suyo), pero que no forman una unidad. Mann hace evidente que él piensa que la visión unitaria de la sociedad es la que está detrás de las Grandes Teorías de la Sociedad (*vide supra*, p. 3) como el marxismo, y que considera además que una forma de romper con ellas es esta propuesta. Tengo la impresión de que ello está relacionado con su actitud de "sugerir" ideas (*vide supra*, p. 5).

⁸ Respectivamente: A.M. Snodgrass, "The hoplite reform and history", *JHS*, LXXXV, 1965, pp. 110-22; P.A. Cartledge, "Hoplites and heroes: Sparta's contribution to the technique of ancient warfare", *JHS*, XCVII, 1977, pp. 11-27 y J. Salmon, "Political hoplites", *ibidem*, pp. 84-101. Los artículos de Snodgrass y de Cartledge han sido vueltos a publicar, en traducción al alemán, en la antología sobre Esparta citada *supra*, n. 3.

Por desgracia, y de una manera que contradice sus propias expresiones anti-ortodoxas, Mann no argumenta su toma de posición, simplemente la propone y enuncia sus corolarios (pp. 1-2).

Entonces, la observación que hace sobre el papel de los hoplitas consiste en decir que ni Snodgrass, ni Salmon, ni Cartledge comparten su visión de la historia y de la sociedad.

Hay, sin embargo, algo más: por más que para que haya habido cierta incidencia de las tácticas hoplíticas en Grecia debe haber habido, desde antes, un terreno donde esa incidencia pudiera darse, una sociedad, la propuesta de Mann enfatiza el poder constitutivo que esas tácticas tuvieron en la *pólis*.

En efecto, Mann piensa que en esa época (750-650) había una alternativa histórica: o la *pólis* o una organización más suelta que sería el *étnos*; y que mientras la primera prevaleció en la Grecia insular y central, la segunda tuvo mayor éxito en el norte y el occidente y que, mientras que en estas sociedades se dieron gobiernos monárquicos y aristocráticos, en aquéllas hubo tiranías y democracias.

Es interesante examinar la interpretación de Mann sobre Esparta (pp. 203-4), a la que ve como un caso único en el que, en lugar de ser desplazados, los reyes y la aristocracia formaron una alianza con los hoplitas, lo cual llevó a una comunidad introvertida ("*inward-looking*"), tendencia contraria al resto de las *póleis*. Ésta es una interpretación plausible de la historia de la Esparta arcaica, aunque para su aplicación debería matizarse y, en general, hacerse más compleja.

IV. En cuanto al *alfabetismo* (pp. 204-7) tiene razón Mann en destacar su importancia como medio de los campesinos para emanciparse. Al respecto, es significativo el movimiento discernible en Atenas que va de Dracon (640) a Clístenes (507) de escribir y codificar las leyes.

V. Por lo que toca a la *comercialización de la agricultura*, su tratamiento (pp. 207-8) resulta demasiado somero.

En primer lugar, habría que diferenciar entre el comercio al interior de la *pólis* y entre distintas *póleis* entre sí y con bárbaros.

Para empezar con el primer tipo, hay que señalar que el ágora, donde estaba el mercado, era, antes que todo, un lugar de reunión de *ciudadanos* y sólo como consecuencia de ello un mercado. Además, hay que preguntarse qué se podía comerciar en una sociedad formada por campesinos que tendían a la autosuficiencia. Al respecto, hay que recordar lo que dice la *Odisea* sobre los *demiurgoí*, que vivían de prestar servicios y surtir de mercancías que no podían elaborarse o conseguirse dentro del *oikos*. A ellos habría que agregar pescadores y vendedores de sus excedentes agrícolas.

Otro problema conexo es el de la venta de la tierra. La incidencia de la "esclavitud por deudas" en la época arcaica sugiere (y esto es una limitación de las fuentes) que hasta entonces la compra-venta de la tierra era excepcional, mientras que en Atenas la legislación de Solón, que prohibía esa relación, plantea el problema, puesto que las deudas persistieron independientemente de cómo se garantizaba su pago, y cómo eran ellas redimidas en caso de falta de pago. A este problema hay que agregar otras dos características de la documentación: por una parte, las fuentes testimonian preponderantemente las deudas contraídas por grandes terratenientes para cubrir gastos suntuarios mientras que, por otra parte, sobre todo desde el siglo iv, surgen movimientos populares de campesinos desposeídos que reclaman la abolición de las deudas y un nuevo reparto de tierras.

De todos estos indicios y consideraciones habría que concluir que, aunque ella era difícilmente perceptible a corto plazo, había una tendencia en el comercio de bienes inmuebles que tendía a favorecer a los acreedores a costa de los pequeños campesinos, que perdían su tierra a favor de aquéllos.

Es claro que un fenómeno como éste no podía menos que minar las bases de una comunidad donde, en palabras de Mann (*supra cit.*, p. 7), una de las "nociones fundamentales" era la "igualdad ciudadana entre terratenientes" y extraña entonces

el hecho de que nuestro autor no lo haya tomado en cuenta en este contexto (y, por lo demás, en ningún otro), tal vez por rehuir hablar de una "dinámica" o de "contradicciones" al interior de un sistema social (véase p. 506).

Mann concentra su atención en la expansión del comercio exterior de la *pólis* y su tratamiento es incuestionable, pues es claro que éste fue un factor importante, si no fundamental en la génesis de la *pólis*.

VI. Finalmente, por lo que toca a *la guerra naval a gran escala*, nuestro autor hace una serie de observaciones brillantes.

En primer lugar afirma muy sensatamente que la flota en sí misma no puede ser un elemento democratizador, sino que ello depende del contexto socio-político (aunque él no usa esta expresión).

En seguida señala que la flota representaba también un elemento destructivo de la *pólis* ya que, por ejemplo, para llenar treinta triremes se necesitaban seis mil hombres⁹ y eso rebasaba las posibilidades estructurales de cualquier *pólis* y obligaba a las fuertes a equipar sus barcos con ciudadanos de las débiles, "así, la expansión naval introdujo una jerarquía. Las ciudades-estado grandes comandaban a los ciudadanos de las menores: el sistema multiestatal se cimbraba" (p. 209).

De este modo, a partir de las guerras médicas la democracia griega estuvo basada no sólo en la explotación de los esclavos, sino en la de los griegos vecinos y aunque otras *póleis* (aparte de Atenas) fueran democráticas, estaban subordinadas a ella.

⁹ Mann se refiere al contingente naval de Egina en la batalla de Salamina. Por desgracia no proporciona referencia alguna para justificar el dato, pero es posible que lo haya extraído de Heródoto, quien dice que el contingente egineta en Salamina era de treinta naves (VIII.46.1). El autor calcula doscientos hombres por trireme sin siquiera mencionarlo, mientras que Wachsmuth (*Kl.-P.* V, col. 958, s.v. "Triere"), basándose en Köster (*Das antike Seewesen*, 2a. ed., 1969, su ficha no aparece en *L'année philologique*) afirma que cada trireme llevaba ciento setenta hombres. Aunque el resultado (5 100 hombres) difiere considerablemente, la afirmación de Mann se sostiene, ya que para una *pólis* como Egina enviar a tantos ciudadanos a una batalla naval representaba un peso muy grande.

Grecia podría haberse desarrollado siguiendo esta tendencia, pero Mann detecta dos obstáculos que terminaron por impedírsele: "la contradicción entre la democracia de la *pólis* y la identidad colectiva 'griega'", por una parte, y la ideología, por la otra.

VII. Es conveniente recordar que desde la página 117 se han analizado las condiciones para el surgimiento de la *pólis* como Mann las define. Si se colocaran cronológicamente, se vería que la economía de la edad del hierro se gestó en la época oscura (ca. 1200-800 a.C.), el comercio exterior se restableció a partir del año 1000 aproximadamente, la organización militar hoplítica se puso en práctica entre 750 y 650, el alfabetismo empezó hacia 800, la comercialización de la agricultura puede ubicarse hacia 600, cuando más temprano, y la guerra naval a gran escala se practicó por primera vez en las guerras médicas (500-480). En otras palabras, nuestro autor identifica el surgimiento de la *pólis* con las épocas oscura y arcaica, y lo concibe como un proceso multisecular. Hay que notar también la coincidencia entre esta concepción y la de Tucídides quien, en su "arqueología" (I.3-21), para argumentar que la guerra del Peloponeso habría sido la más importante hasta entonces, hace una revisión de la historia del poder desde las leyendas sobre Minos hasta sus días (fines del siglo v a.C.).

En otra parte (p. 224), Mann periodiza la historia de la *pólis* en tres fases:

el mercado hoplita
la fase comercial y alfabetizada
la fase de expansión naval.

Más que servir para abarcar toda la historia de Grecia, e incluso la de la *pólis*, esta división sería útil para marcar un desarrollo en términos generales que, ya se ha visto, los hoplitas sólo surgieron en el siglo VII, mientras que la génesis de un mercado no se puede situar con exactitud, así como tampoco se puede detectar la transición de un mercado a un

comercio (cosa que queda además sin definir), etc. No deja, sin embargo, de ser una idea sugestiva, aunque es probable que tampoco pase de ello.

E. En lo que toca a las limitaciones del desarrollo de la *pólis*, que según Mann fueron, por una parte, las contradicciones entre ella y el helenismo y, por la otra, la ideología, es preciso analizar cada factor por aparte.

I. Las *contradicciones entre pólis y helenismo* son tratadas en las páginas 223 a 227, insertas en la consideración de la triple red de poder griego y su dialéctica, de la cual forman parte, ya que Mann considera que estas redes son la *pólis*, Grecia y la humanidad.

La primera es calificada como una red de poder intenso; la segunda, extenso, y la tercera, muy extenso.

Es evidente para cualquiera por qué se puede hablar de la *pólis* como una red de poder, pero no es el caso de las otras dos categorías. Dado que aquí interesa sobre todo la segunda, enfocaré el análisis en ella.

Mann dice (pp. 224-5):

La segunda red de poder era la de la identidad cultural y el sistema multiestatal griego en su conjunto, mucho más grande que cualquier unidad política sola y que cubría un enorme espacio territorial (incluyendo mares) y que comprendía tal vez tres millones de personas. Era una mitad geopolítica, diplomática, cultural y lingüística con su propia infraestructura de poder. Su continua importancia se derivaba de la unidad dada por conexiones de comercio y colonización entre *póleis* esencialmente similares y democráticas o *éthne* igualitarios federales.

No debe extrañar que nuestro autor mantenga (p. 226) que, sin su unidad, Grecia habría sido conquistada por los persas, ni tampoco que en esto coincida con Heródoto. En un análisis reciente, Jean-Claude Carrière ("Oracles et prodiges de Salamine, Heródote et Athènes", *DHA*, XIV, 1988, p. 219-75,

en las pp. 257-60) sugiere que esta idea sólo pudo haberse generado en el periodo de la hegemonía de la Liga de Delos, pero esto deja sin explicar (y hacer esto no es propósito de Carrière) la unidad griega en las guerras médicas.

En todo caso, una comparación entre Heródoto y Mann puede ser útil. El historiador griego afirma (viii. 144) que los griegos se definen por tener una

misma sangre, misma lengua, santuarios y sacrificios comunes, mismas costumbres.

Confrontando ambos pasajes, se nota que la sangre (es decir, el linaje) herodotea no tiene correspondiente en Mann y que, en cambio, en la obra de éste son exclusivos la geopolítica y la diplomacia, resalta en cambio que ambos toman en cuenta la cultura (que en Heródoto aparece como santuarios, sacrificios y costumbres) y la lengua.

En efecto, es evidente que la comunidad griega era una cultura y que su pertenencia o no a ella era prácticamente idéntica con el habla griega (siendo Chipre, Macedonia y otras regiones menos importantes, casos límite). No deja de ser significativo que Heródoto escoja resaltar la religión (santuarios y sacrificios) y las costumbres, sobre todo porque difícilmente hubiera podido encontrar una palabra para expresar lo que ahora se llama cultura.

Es claro que una de las concepciones "históricas" más importantes para los griegos era el linaje, como se puede ver, por ejemplo, en su equiparación entre dialecto y linaje, o en la importancia que atribuían a los Heráclidas, etc. Aunque una concepción análoga gozó de gran fortuna a partir del siglo pasado con el positivismo, sobre todo, se puede decir que cayó con el nazismo.

Finalmente, la geopolítica y la diplomacia, aunque eran concebibles en el siglo v, representan más bien los vínculos del helenismo más que una característica definitoria, que es lo que Heródoto presenta en el pasaje citado.

De todos modos, hay que agradecer a Mann el haber planteado con claridad estos factores ya que, tanto se da por sabida

la unidad de Grecia, que por lo general no se buscan ni se plantean los vínculos de esa unidad. Aquí hubiera sido tal vez pertinente volver a discutir el comercio, por más que se pueda postular (y en tal caso habría que comprobar) que dependía de la geopolítica y la diplomacia.

En cuanto a la expresión “infraestructura de poder” para referirse al helenismo, no es claro qué quiere decir Mann con ella. La *pólis* era una infraestructura del poder de cada una de las divisiones de Grecia (aunque había regiones que no estaban organizadas así, como se ha dicho) pero cada una era, por lo menos de derecho, independiente de las demás. Por otra parte, lo que hace de esta “red de poder” un obstáculo al desarrollo de la cultura griega fue precisamente la incapacidad de Atenas de dominar Grecia (para no hablar de Esparta, aun más impotente), así que más que una infraestructura de poder, se podría hablar de varias: la Liga de Delos, la del Peloponeso, la Confederación Beocia, etc. Mann reconoce esto cuando afirma (p. 225):

La segunda red era esencialmente descentralizada y “federal”.

Aunque es difícil entender qué quiere decir por “federal”. En todo caso, aclara:

Su infraestructura era sobre todo de poder *difundido* más que autoritario. Sus elementos se extendían “universalmente”, por lo menos entre cuerpos de ciudadanos, sin mucha organización de autoridad.

Para entender esto, es necesario regresar al capítulo introductorio (p. 8), donde se explica que el

poder autoritario depende verdaderamente de la voluntad de grupos e instituciones [y] comprende órdenes definidas y obediencia consciente, [mientras que el] *poder difuso*... se extiende de una manera más espontánea, inconsciente y descentralizada a través de una población, resultando en prácticas sociales similares que encarnan relaciones de poder pero no son ordenadas explícitamente. Implica típicamente, no orden y acatamiento.

to, sino la idea de que estas prácticas son naturales o morales, o resultan del interés común evidente por sí mismo.

En términos marxistas, esto se vería como el aspecto ideológico de toda cultura, por ejemplo, el cristianismo en la edad media, y se podría reconocer que esta forma de poder existió realmente en Grecia y era lo que hacía sentirse griegos a los miembros de las *póleis* y *éthne* y a sus familias. Se puede incluso decir que, desde el momento en que se concibe algo como "Grecia", se presuponen estos vínculos ideológicos, pero nunca está de más hacerlos explícitos. Lo que sí parece objetable es considerarlos una "infraestructura de poder", porque no era una precondition del universo de la *pólis*, sino una consecuencia.

Pero, pasando a la idea más general de Mann, ¿se puede decir en efecto que la falta de unificación de Grecia fue un obstáculo para el desarrollo de su cultura? En cualquier caso, hay que agradecer el que esto no se haya planteado como un frustrado proceso de desarrollo nacional, como lo podría ver, por ejemplo, Mommsen.

Por lo que se refiere a lo que Mann sí dice, es claro que existía una tendencia, detectada ya por Tucídides, a extender, primero, las mismas instituciones políticas dentro de una comarca, luego más allá en detrimento de las *póleis* vecinas y, finalmente, las de unas cuantas *póleis* sobre el conjunto de Grecia, y existía también la tendencia contraria de cada *pólis* por conservar su autonomía, por más que desde la época arcaica se dieron casos de incorporación de unas por otras (Messenia por Esparta, Micenas por Argos. . .). Es un hecho que la guerra del Peloponeso marcó el fracaso definitivo de las tendencias panhelénicas y el triunfo de las particularísticas, pero aquí entra en juego un factor que Mann no toma en cuenta al analizar este fenómeno: el desarrollo de las fuerzas productivas.

En efecto, con su expansión naval, Atenas representaba, en cierta forma, el polo progresivo y desarrollado, mientras que, como una comunidad volcada en sí misma, Esparta represen-

taba, en forma correspondiente, el polo reaccionario y estancado (no se puede hablar siquiera de subdesarrollo). En sus causas, desarrollo y consecuencias, la guerra del Peloponeso muestra, en primer lugar, que el aislamiento de Esparta era insostenible porque, de haber continuado, hubiera roto la Liga del Peloponeso y provocado, o una alianza del resto de las *póleis* peloponesias con Atenas, o una reconstitución de la liga sin Esparta, alternativa inaceptable para los lacedemonios. La guerra muestra, además, la fragilidad de un sistema basado en el pago de tributos, el comercio y, en última instancia, la agricultura, frente a un sistema de alianzas laxas de comunidades que dependían menos del comercio y más de la autonomía económica también agrícola. Puesto que, si bien Atenas se mostró invencible (sobre todo por mar), no por ello pudo derrotar a Esparta (sobre todo por tierra), situación que dio lugar a una oposición entre la tierra y el mar en la que el mar constituía el medio por el que se movían tributos y mercancía, y la tierra, el sustento último de la economía. Finalmente, la guerra acabó por mostrar la importancia de lo que Mann define como

una oportunidad geopolítica para pueblos comerciales marítimos de operar en el espacio entre los imperios del Medio Oriente y los campesinos que cultivaban las tierras aradas (p. 225),

oportunidad condenada por la intervención persa al lado de Esparta mediante la entrega de subsidios para la construcción de una flota que pudiera derrotar a Atenas en su propio terreno. Desenlace que desató una serie de contradicciones de largas y profundas consecuencias: el triunfo fue más bien persa que espartano, Esparta fue incapaz de asumir la hegemonía de Grecia y su estructura interna empezó a desmoronarse, ninguna otra *pólis* fue capaz de reconstituir una hegemonía y, ante la declinación de Persia, la cultura griega no se pudo recomponer políticamente sino al costo de subordinarse a Macedonia.

Yo plantearía estas limitaciones diciendo que una comunidad de campesinos (como era la *pólis*) no podía extender su dominio más que arrebatando comarcas vecinas o conquistando *póleis* menores, y que una expansión en esas circunstancias

sólo podía darse, o rompiendo la comunidad (el caso de Roma), o desarrollando la industria (caso que no se dio en la historia y que resulta, por tanto, especulativo). El ejemplo de Atenas, que floreció como potencia naval y comercial que vivía del tributo y la explotación de los esclavos, fue por ello de muy corta duración (490-404, digamos).

En conclusión, la idea de Mann sobre la contradicción entre la *pólis* y Grecia, o entre el particularismo político y el panhe-lenismo parece, no sólo pertinente, sino fructífera.

II. Pasando ahora a los *factores ideológicos* que, según Mann, bloquearon el desarrollo de la *pólis* y de la cultura griega, se ve que nuestro autor subsume la contradicción apenas examinada en la de la ideología, pues él define la ideología griega (p. 211) como la idea de que la sociedad era la *pólis*, Héllas y la humanidad. Tratando de no repetir análisis, voy a considerar estos tres aspectos.

Para empezar, hay que señalar que difícilmente se puede decir que los griegos tenían tres nociones de "sociedad", porque no existe palabra alguna en su idioma que pudiera expresar esa noción y Mann no ofrece ningún elemento para entender a qué se refiere en el contexto del pensamiento griego, requisito esencial al intentar definir la ideología griega. Además no da signo alguno de detectar una dificultad aquí.

En cuanto a su argumentación, Mann empieza por señalar que los griegos fueron los primeros que elaboraron una visión racionalista del mundo y de la vida, para concluir (p. 213):

Dos de las contradicciones más importantes y esclarecedoras eran presentadas por la clase y la etnicidad. ¿Acaso la razón era compartida por todas las clases y los pueblos? ¿O estaba confinada a ciudadanos y griegos?

La respuesta es muy matizada y, sobre todo, diluida. Mann encuentra dos concepciones rivales sobre la licitud de la esclavitud, una de las cuales sería que los esclavos son menos racionales que los hombres libres y, la otra, que la esclavitud es una consecuencia directa de la guerra. En cuanto a la raza,

nuestro autor afirma que, "en última instancia, a los griegos les faltó un sentido consistente de su propia superioridad étnica" (p. 216) y que por lo tanto nunca elaboraron una concepción que negara o despreciara la humanidad de los bárbaros. Acto seguido pasa a analizar las clases sociales.

Hay que hacer notar que, a estas alturas, Mann ha dejado de lado su idea de que todo esto forma parte de la ideología griega, y que su análisis se ha volcado sobre hechos objetivos.

La definición que nuestro autor hace de clases, clases extensas (nunca definidas, pero descritas con las siguientes palabras: "Ellas existen donde predominan las relaciones verticales de clase en el espacio social en cuestión, en contraposición con organizaciones horizontales", p. 216), clase política y lucha de clases política y simétrica son útiles y aclaran una serie de asuntos (como la lucha de clases encubierta y la abierta, por ejemplo) que son con frecuencia dados por sabidos.

También es esclarecedor su planteamiento de la visión general de la lucha de clases en Grecia que, a pesar de su extensión, vale la pena citar completa:

La estructura de clases extensas en Grecia era fundamentalmente bidimensional. En la primera dimensión, los ciudadanos tenían poder sobre esclavos y siervos. En la segunda dimensión, algunos ciudadanos tenían poder económico sobre otros ciudadanos. Esto reflejaba el hecho de que había dos modos de producción principales, ambos altamente politizados pero sin embargo distintos. El primero era la extracción de plusvalía del esclavo o siervo por el ciudadano libre; el segundo, era la extracción menos directa del pequeño terrateniente ciudadano por parte del gran terrateniente. Lo segundo no era una relación de producción en el sentido estricto, sino que surgió a partir de circuitos de poder económico más amplios vinculados también con poder militar y político. En una sociedad tan estable y duradera como la Grecia clásica, estos dos modos de producción estaban articulados en una economía única que los abarcaba. Además, en la cima, la clase superior en las dos dimensiones estaba con frecuencia ella misma integrada [es decir, era una sola y la misma clase]. Pero a los niveles más bajos esto no era así, y por lo tanto debemos analizar dos dimensiones separadas de hecho de clases extensas (p. 218).

Salta a la vista que Mann ignora (consciente o inconscientemente) el concepto de formación económico-social y la distinción marxista entre lo concreto real, las abstracciones y lo concreto pensado.

No vale la pena exponer y discutir ideas tan ampliamente conocidas, por lo que me limitaré a decir que en la historia nunca se da el caso de que haya una sociedad en la que se encuentren encarnadas en un estado química y conceptualmente puras las *categorías* de las ciencias sociales y, en consecuencia, todas tienen dos o más dimensiones como las que Mann describe.¹⁰

Una vez dicho esto, hay que reconocer la importancia de la *pólis* como definidora del lugar que en la economía tenía todo miembro de la sociedad. En otras palabras, el lugar del individuo dentro o frente a la *pólis* definía fundamentalmente su clase social, cosa que expresa con mayor claridad Aristóteles, cuando dice que

no podría haber una *pólis* formada por todos los pobres, así como tampoco por esclavos (*Pol.* III.7.5).

En todo caso, es curioso ver cómo Mann declina definir la interrelación entre el modo de producción esclavista y la relación entre los grandes y los pequeños terratenientes. Ello se complica por su posición frente a los distintos tipos de explotación de no ciudadanos que nuestro autor designa con la fórmula nunca definida de "esclavos y siervos".

Es cierto que nuestro sociólogo histórico reconoce (p. 218) que,

aunque también había diferencias dentro de los grupos tanto de esclavos como de ciudadanos,

¹⁰ Mann, en cambio, propone (p. 217) la idea de que hay sociedades unidimensionales con "un modo de producción, distribución y cambio preponderante" y sociedades con más de uno "si ellos no están articulados completamente entre sí".

el análisis o siquiera la enunciación de esas diferencias es omitida para enfatizar en cambio el hecho de que "la línea divisoria entre ambos grupos era normalmente impasable".

Y sin embargo, o tal vez por esa misma omisión, es conveniente detenerse a examinar las diferencias entre los que Mann agrupa como "esclavos y siervos" y las consecuencias que la omisión de este autor tienen en su obra. No es, con todo, necesario entrar con detalle en un tema ya tratado magistralmente por Detlef Lotze en su *Metaxù eleuthéron kaì doulon* (reimpreso en Nueva York por Arno Press, 1979), basta con ocuparse de los elementos aportados por nuestro propio autor.

Para ello, presentaré y luego discutiré algunos pasajes.

Al tratar el origen de la esclavitud (p. 213), Mann dice:

Como la mayoría de los conquistadores, los griegos de la edad oscura habían hecho esclavos o siervos a los nativos conquistados. Como en otros lugares, esto tendía a fijar a los esclavos en lotes de tierra o tipos de ocupación particulares. El matrimonio y la asimilación habían hecho proliferar status semilibres (y en el caso griego, derechos "semiciudadanos"). La esclavitud por conquista no podía sostener una discriminación étnica clara. Pero en el siglo vi a.C., la comercialización reforzó la pequeña población esclava con esclavos *mercancia*, que eran comprados y poseídos como artículos mercantiles, no atados a lotes de tierra o a ocupaciones fijas, y estaban a la disposición libre de sus amos.

En la página siguiente, el mismo autor aclara que "un griego no trabajaba para otro griego a no ser que fuera un meteco o estuviera en su servidumbre por deuda...".

Ambos pasajes abordan un problema tratado por Finley en su *Esclavitud antigua e ideología moderna*:¹¹ la relación entre la esclavitud y la libertad.

¹¹ *Ancient slavery and modern ideology*, London, Chatto and Windus, 1980, hay traducción al español (publicada en Barcelona por Crítica. Aquí uso la edición de Penguin Books, Harmondsworth, 1983). Mann toma en cuenta esta idea de Finley, pero la documenta en la más antigua antología *Slavery in classical antiquity: views and controversies*, Cambridge, Heffer, 1960, donde Finley incluyó su artículo "Was Greek civilization based in slave labour?", ahora incluido en *Economy and society in ancient Greece*, edición e introducción de B.D. Shaw y R.P. Saller, London, Chatto and Windus, 1981, pp. 97-115; tra-

Según Finley, una y otra eran en la antigüedad clásica interdependientes, así que para que hubiera ciudadanos libres era necesario que hubiera esclavos, pero esto quiere decir esclavos mercancía, cosa que Finley expresa con gran concisión (p. 68):

Con la esclavitud... *el trabajador mismo* es la mercancía.

En consecuencia, hay que diferenciar la esclavitud en sentido laxo, latamente asimilable a la servidumbre, de la esclavitud propiamente dicha: la esclavitud de mercado.

Esto implica, a su vez, que los conflictos entre ciudadanos no podían darse propiamente como tales antes de que el desarrollo del comercio y la organización y lucha de los ciudadanos pobres amenazados con la servidumbre no creara las condiciones económicas y políticas para que hubiera un mercado de esclavos.

Si, como Mann, usara el término “esclavos” para designar a todos estos siervos y también a los esclavos mercancía, oscurecería esta transición que dio lugar a un valor muy apreciado: la libertad.

Más adelante, al discurrir sobre la lucha de clases (p. 219), nuestro autor afirma que la lucha entre amos y esclavos fue encubierta y a continuación afirma:

Hay una excepción a esto: el imperialismo territorial de los espartanos que *esclavizaron* a la población adyacente de Mesenia y Laconia. Estos *siervos* “ilotas”, capaces de unidad y organización local, eran fuente perpetua de rebelión. Esto parece haber sido cierto también de otro pueblo *servil*, los *penéstai*, que fueron *esclavizados* por los tesalos. Las lecciones —reclutar *esclavos* de diversos pueblos para impedir la organización entre ellos— fueron ampliamente registradas tanto por las fuentes griegas como por las romanas.

He subrayado todas las palabras relativas a esclavos y siervos para hacer notar cómo las usa Mann indistintamente. ¿Es esto legítimo? Me parece que no. Dejando a un lado el caso de los

ducción al español incluida en *Clases y lucha de clases en la Grecia antigua*, edición y prólogo de A.M. Prieto Arciniega, Madrid, Akal Editor, 1977.

penéstai por su oscuridad (véase Lotze, *op. cit.*, pp. 48-53), es claro que las relaciones de producción entre espartanos e ilotas diferían radicalmente de las que se establecían entre amos y esclavos precisamente por la calidad de mercancía de éstos. En efecto, los ilotas vivían en comunidades propias y cultivaban un *klâros* (lote de tierra) perteneciente a algún espartano y por el cual debían pagarle una cuota fija (*apoforâ*). Los ilotas no eran pues propiedad de su patrón, sino de la *pólis* espartana. La conclusión es inescapable: se trata de modos de producción distintos.

A esto se podría objetar que los mismos griegos, al designar a esclavos y siervos indistintamente como *doûloi*, indicaban que los concebían como un grupo unido e indistinto y se puede decir que esto debe tener su origen en la praxis, pero el fragmento 122 (= Athen. VI 88, p. 265 b-c) de Teopompo de Quíos (*FGrHis* 115) indica que esto sólo puede afirmarse *cum grano salis*:

Yo sé que los primeros griegos en usar esclavos comprados con dinero fueron los quiotas, como refiere Teopompo en el libro xvii de sus *Historias*: "los quiotas fueron los primeros entre los griegos después de los tesalios y los espartanos en usar esclavos; sin embargo, no se apropiaron de ellos de la misma manera. Pues, mientras que los espartanos y los tesalios aparecen bien dotados por la esclavitud de los griegos que habían habitado antes el país que ellos tienen ahora, es decir, de los aqueos, y los tesalios, de perrebios y magnetas, y llamaron a los esclavizados, a unos ilotas y a los otros, penestas, los quiotas se apropiaron de esclavos bárbaros y pagaron un precio por ellos".

En consecuencia, no se puede obviar la distinción entre siervos y esclavos y concebir la lucha de los ilotas como una excepción en la lucha de clases.

Hay aun otra distinción que escapa a Mann. Al hablar de las clases políticas omite decir que, para que ellas existan, debe darse un campo político, debe existir la política, la cual a su vez necesita o presupone una sociedad de iguales, cosa que surgió en la Grecia del siglo vi como consecuencia de las luchas

(de clase) de los pequeños terratenientes ciudadanos por liberarse de la "esclavitud por deudas".¹²

Esto implica a su vez que, tanto las rebeliones de ilotas y otros siervos, como las de esclavos que ocurrieron en la época helenística, fueron ciertamente casos de lucha de clases abierta, pero más que parte de la política, representaron una irrupción revolucionaria de las masas en la política, como la que Trotsky enuncia en su introducción a la *Historia de la revolución rusa*.

En lo que toca a la lucha de clases entre ciudadanos, Mann la explica con gran concisión y claridad:

Todos [los ciudadanos] luchaban por las leyes sobre las deudas y los réditos, hacían intentos por la redistribución de la tierra o de la riqueza colectiva de la ciudad, los impuestos y las obligaciones del servicio militar, el acceso al comercio con ganancia, las empresas coloniales, los oficios y los esclavos. Dado que, tanto la fuerza de trabajo como la plusvalía eran canalizadas a través del estado, y puesto que éste era una democracia... había una lucha de clases altamente politizada; como la de nuestra propia sociedad. Pero como había una forma de ciudadanía *mucho* más activa y militarista que la nuestra, fue también una lucha consistentemente más violenta y visible (p. 220).

La única objeción que yo plantearía es que esto no puede ser concebido como "la menos directa extracción de plusvalía del pequeño terrateniente ciudadano por el latifundista" (p. 218), ya que no se trata de relaciones económicas, sino políticas, y equivaldría a decir que en nuestra sociedad capitalista los obreros son explotados tanto en la fábrica como en las elecciones presidenciales. Es, desde luego, cierto que los grandes latifundistas, la oligarquía, tenían más poder que el grueso del pueblo, incluso hay que decir que ella era la clase dominante y que su dominio se ejercía también sobre los pequeños campesinos, pero este dominio es análogo al que la gran burguesía ejerce sobre quienes no forman parte de ella ni del proletariado, es decir, se trata de una consecuencia *política* de la

¹² Soy consciente de que con esta frase simplifico un proceso oscuro y complejo, que sin embargo no me parece necesario discutir aquí.

extracción de plusvalía del proletariado, así como el dominio de la oligarquía era una consecuencia política de la explotación de los esclavos.

Mann vuelve a tratar la ideología (*vide supra*, p. 22) para postular la presencia de tres posiciones ideológicas ante la crisis de la *pólis*. Hay que hacer notar que este fenómeno es apenas mencionado de paso y conectado con la monopolización de la tierra por la oligarquía y el desarrollo económico de las "marcas" (pp. 220-1). Veamos esto.

Aunque faltan fuentes precisas,¹³ es evidente la mencionada concentración de la propiedad de la tierra, cuya importancia ya se ha discutido. En cambio, el desarrollo de las "marcas" (idea clave de nuestro autor en la que sigue a Rostovtzeff y Mossé¹⁴ para explicar este fenómeno específico) es problemático, pues depende de la relación entre estas regiones marginales y Grecia, relaciones de tipo comercial que no jugaban el papel que tenían, por ejemplo, en los imperios mercantilistas como España y Portugal en la época moderna, y que sólo tenían importancia en *póleis* "desarrolladas" (por llamarlas de alguna manera) como Atenas o Corinto, donde, precisamente, la lucha de clases era menos aguda, cosa que Mann mismo reconoce (*vide supra*, p. 8).

En todo caso, la falta de relieve que Mann da a su tratamiento de la decadencia de la *pólis*, problema histórico fundamental si los hay, obedece seguramente a su visión de la sociedad como una confluencia de redes de poder (*vide supra*, p. 10-11) que no conforman una unidad, cosa que permite obviar el asunto.

¹³ Véase, por ejemplo, V.N. Andreyev, "Some aspects of agrarian conditions in Attica in the fifth to third centuries B.C.", *Eirene*, XII, 1974, pp. 5-46. J. Pecirka, "The crisis of the Athenian polis in the fourth century B.C.", *ibidem*, XIV, 1976, pp. 5-29; la obra colectiva editada por E.Ch. Welskopf, *Hellenische poleis* (4 v., Berlin, Akademie-Verlag, 1977) y C. Mossé, *La fin de la démocratie athénienne. Aspects sociaux et politiques du déclin de la cité grecque au IV^e siècle avant J.-C.*, reimpreso en Nueva York por Arno Press, 1979, pp. 36-67.

¹⁴ Rostovtzeff, *op. cit.* (*supra* n. 7) y C. Mossé, *op. cit.* (n. 13). Hay que decir que la autora ha cambiado su posición sobre "el fin de la democracia" y que su nuevo punto de vista está planteado en "Le IV^e siècle (404-336)", E. Will et al., *Le monde grec et l'Orient*, Paris, Presses Universitaires de France, 1972-1975, II, pp. 9-244.

Pero volviendo a la cuestión tan diferida de la ideología, las tres posiciones ideológicas sobre la razón surgidas durante la decadencia política y que nuestro autor distingue, son la de la clase alta, la de la media y la de la baja (p. 221). La primera está representada por Platón, la segunda, por Aristóteles y la tercera por demócratas sólo conocidos por lo que de ellos dicen sus detractores.

Según Mann (*ibidem*):

Platón argumentaba que el trabajo manual... degradaba la mente. Aristóteles argumentaba que lo decisivo para calificar como ciudadano era la posición de sabiduría moral...

De acuerdo con esto, los límites ideológicos de la *pólis* que llegaron a limitar el desarrollo de Grecia (*vide supra*, pp. 15-6) son estas posiciones ideológicas, a las que habría que agregar la democrática, no explicada por Mann pero que, por inferencia, se podría suponer que consistiría en concebir la razón como universal, por lo menos para los ciudadanos libres.

Es indiscutible que estos puntos de vista existían y hay elementos para considerarlos perspectivas de clase, pero Mann no condesciende a explicar cómo estas posiciones ideológicas llegaron a obstaculizar el desarrollo de la *pólis* sobre todo si, como él mismo afirma, ellas expresaban un antagonismo de clases real, puesto que entonces lo racional sería pensar que estas diferencias ideológicas serían una consecuencia de las diferencias de clase cuya evolución incidiría en el fin de la democracia y de la *pólis* y no una causa de ese fin.

Pero el fin mismo es explicado por Mann aduciendo, con razón, que había *póleis* lo suficientemente ricas para contratar mercenarios que subsanaran las inevitables limitaciones de mano de obra, que estos mercenarios rompían, como ocurrió, los marcos de la *pólis* hasta que Filipo de Macedonia

aprendió a combinar tres papeles: coordinar y disciplinar mercenarios y macedonios, convertirlos en mulas pero recompensarlos con botín y entrar en una alianza panhelénica de clase alta (p. 228).

Esto aproximó su reino a los imperios de dominación y terminó por impedir que las *póleis* volvieran a alcanzar una autonomía completa. Éste es un razonamiento impecable.

Para terminar, hay que advertir que Mann no se ocupa de la época helenística, seguramente porque piensa, con fundamento, que las *póleis* se estancaron y que los nuevos reinos no representaron un desarrollo de los imperios de dominación, lo cual es discutible desde el momento en que, con mayor o menor eficacia, sustituyeron al imperio de los Aqueménidas.

5. El capítulo sobre Roma, un poco más largo que el consagrado a Grecia, tiene más o menos la misma estructura que el mencionado; después de declarar (p. 250) que “la historia de Roma es el laboratorio histórico más fascinante a disposición de los sociólogos” y explicar que “el interés de Roma radica en su imperialismo”, Mann empieza por exponer “los orígenes del poder romano”, explora varios aspectos del imperio (el emperador, las masas, beneficios del imperio para las masas, extensión de la clase dominante y la “economía legionaria” y sus debilidades) y termina por discutir la declinación y caída del imperio y hacer un balance de “los logros romanos”. Como en la discusión del capítulo anterior, seguiré el mismo orden que Mann.

A. Si, como debe ser, se está de acuerdo con el sociólogo comparatista en que el interés de Roma lo representa su imperialismo, su génesis resulta un problema histórico elemental y, aunque en su tratamiento por Mann son de notarse algunos errores tanto fácticos como de interpretación, sobre todo en relación con Polibio (cosa que no deja de ser irónica, siendo éste el primero que cifró su máxima aspiración en explicar el surgimiento de Roma como potencia “ecuménica”),¹⁵ son

¹⁵ En la p. 254 Mann afirma que Polibio fue educado en Roma, pero el griego tenía por lo menos treinta y tres años al llegar a esa ciudad y, según él mismo cuenta (aunque seguramente con exageración) fue más bien él quien educó a romanos. En la p. 259 Mann toma al pie de la letra la caracterización polibiana de la constitución romana como mixta. Esta imagen está lejos de ser candorosa o fiel, véase W. Nippel, *Mischverfassungstheorie und Verfassungsrealität in Antike und früher Neuzeit*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1980, pp. 142-56.

impresionantes la claridad y la lucidez desplegadas por este autor.

Al explicar el surgimiento de Roma como imperio, uno se enfrenta al reto de aclarar la transición de una ciudad-estado (*civis*) a un imperio territorial (según las categorías de Mann), tránsito que, como se ha dicho (*supra*, p. 21), no pudo darse en Grecia.

Mann explica esto con una serie de ideas, todas ellas interesantes.

Él empieza por decir (p. 251) que Italia se benefició de la difusión de las innovaciones de "los pueblos comerciales" ("el alfabeto, la moneda", etcétera) y argumenta que la organización militar de Roma consistía en un ejército hoplita muy flexible, en el que la caballería no perdió su importancia, que los campesinos romanos no eran tan igualitarios como los griegos, tal vez porque en Roma se mezcló una organización tribal más fuerte que en Grecia con la ciudad-estado (p. 251), lo cual tendía a impedir que la lucha de clases debilitara al estado, mientras que permitía la incorporación como ciudadanos o la conversión en aliados de los vencidos. Mann piensa que esto fue lo que permitió a los romanos conquistar el centro y el sur de Italia hasta el primer cuarto del siglo III, y enfrentarse a Cartago, potencia fundamentalmente marítima (p. 253). Mann agrega que la estructura interna de Roma le permitía contar con todos sus ciudadanos para la guerra, mientras que Cartago recurría a ejércitos mercenarios y era incapaz de suplir sus bajas, esto se combinó con la capacidad romana de convertirse en un poder marítimo (compárese con el fracaso espartano, *supra*, pp. 20-1). Sin embargo, Mann sostiene (p. 254) que

la ventaja decisiva pudo haber sido política, los romanos se toparon gradualmente con la invención de la ciudadanía territorial extensiva. La ciudadanía fue concedida a aliados leales y añadida a la ciudadanía intensa de tipo griego de Roma misma para producir el compromiso colectivo de mayor extensión jamás movilizado hasta entonces.

Esta invención fue usada en Grecia donde, dice nuestro autor (*ibidem*), "explotando los conflictos entre Grecia y el reino macedonio, Roma subyugó a ambos".

En su discusión de la crisis de la república (133-27 a.C.), Mann explica que esta ampliación de la ciudadanía y del territorio minó el "ejército de ciudadanos militares" (p. 255) y amplió las desigualdades sociales, mientras que el trabajo esclavo desplazaba a los campesinos. Ante ello, Tiberio Graco trató de restaurar la propiedad campesina, pero fue desplazado con lujo de violencia (pp. 256-7) y su fracaso selló la persistencia de "el dominio de los órdenes superiores" (p. 257). Mario convirtió al ejército en profesional y las filas crecientes del proletariado se incorporaron a él esperando recibir un lote de tierra a su retiro. Esta solución cambió la posición de los aliados, que tuvieron que ser incluidos en el cuerpo de los ciudadanos, mientras que la profesionalización de las legiones y su necesario aislamiento entre ellas convirtió a los magistrados en señores de la guerra (expresión mía), por lo que llegó un momento en que Roma tenía que dividirse (como el imperio de Alejandro a la muerte de éste) o encontrar a alguien que garantizara su unidad, cosa que ocurrió con Augusto.

Estas ideas, como dije, son buenas pero tal vez habría que precisar y matizar algunas y explicar otras.

Se extraña sobre todo una discusión más detallada de las relaciones de clase y su relación con las relaciones tribales superpuestas o coexistentes.

Así, se menciona el desplazamiento de campesinos por esclavos, pero no se intenta explicar cuáles especificidades tenían el trabajo servil y la vida campesina, o las relaciones entre la clase dominante de Roma y las de los conquistados. En otras palabras, nos encontramos con que los elementos históricos están tajantemente separados de los analíticos, y lo acertado de ello sólo podrá juzgarse después de examinar éstos.

No puedo terminar este apartado sin dejar de opinar sobre la explicación tan somera y simplista de la conquista romana de Grecia. No niego que Roma enfrentó a *póleis* griegas con el reino macedonio, pero esto sólo parte de un juego mucho

más complicado y aquí se extraña la omisión de la época helenística pues, durante su transcurso, se dio el periodo más álgido de la lucha de clases y esto se complicó con la multiplicidad e inestabilidad de los reinos helenísticos. Tal vez el caso más claro y oscuro a la vez por su complejidad, sea el de Esparta entre la muerte de Nabis (192 a.C.) y la guerra aquea (146 a.C.), periodo en el que surgieron tantas facciones, que uno de los historiadores que se han ocupado del tema consideró aconsejable dedicar un apéndice donde cataloga sólo a los grupos de exiliados.¹⁶ Desde luego que no hay razón para pensar que cada facción representaba exactamente a una clase, pero todas ellas tuvieron su origen en las reformas de Agis, Cleómenes y Nabis que cambiaron la propiedad de la tierra, abolieron las deudas y dieron la ciudadanía a extranjeros e ilotas, por lo que deben considerarse en el marco de la lucha de clases. Lo que quiero decir con este ejemplo es que este fenómeno complica la situación en cada *pólis* griega (y, en menor grado, también en Macedonia). En efecto, en cada estado griego había distintas facciones que contendían constantemente por el poder y buscaban aliados externos. Es claro que Roma no tenía una política principista en función de la democracia o la oligarquía, ni tampoco una política clasista que favoreciera en el corto plazo a los pequeños campesinos o a los grandes terratenientes, pero a la larga, los latifundistas romanos tendían a crear alianzas con los grandes terratenientes griegos e incorporarlos a su ciudadanía.

Esto ocurrió también más allá de Grecia, como lo muestra el ejemplo de Pérgamo, caso que vale tanto más la pena discutir, cuanto que la exposición de Mann al respecto es errónea.

Nuestro autor dice, en efecto (p. 258), que Atalo III legó su reino a Roma "porque la élite pergamenia temía la revolución y buscaba la protección de Roma". La verdad es que se ignoran las razones de la decisión de Atalo quien, habiendo muerto joven y repentinamente, probablemente sólo quería dar una

¹⁶ B. Shimron, *Late Sparta. The Spartan revolution 243-146 B.C.*, Buffalo, State University of New York, 1972, pp. 135-50: "The Spartan exiles 227-179".

muestra de servilismo hacia Roma, entonces nada raro entre los reyes helenísticos. Por otra parte, no hay el menor indicio de los terrores y esperanzas de la élite pergamenia antes de la muerte de su rey y sólo se cuenta con una inscripción (*OGIS* 338) que contiene un decreto de la *pólis* de Pérgamo emitido después de la muerte de Atalo. De este decreto se colige que Atalo legó sólo las posesiones reales, pero dejó libres a las *póleis* (entre ellas Pérgamo, hasta entonces la capital); además, el decreto amenaza con sanciones a los siervos de la *pólis* que se unan a Aristónico (muy probablemente primo de Atalo y por lo tanto heredero despojado del trono en favor de Roma) y ofrece concesiones a los que se conserven fieles. Hasta aquí (que se sepa) llegaba el miedo a la revolución de la élite pergamenia. No existe el menor indicio de que buscaran la protección de Roma, aunque sin duda la celebraron... en la medida en que fue efectiva, pues Roma tardó cuatro años (si no más) en sofocar el movimiento de Aristónico.

B. Puesto que Mann afirma que Roma fue “el primer imperio territorial de la historia” (p. 260), es necesario empezar por discutir esta categoría.

Nuestro autor no presenta una definición ni en el capítulo I ni después, así que hay que basarse en su discusión de la fundación del imperio acadio por Sargón (p. 134):

La conquista de Sargón ha sido frecuentemente definida como un “imperio territorial”. Discutiré esto, arguyendo que su poder no residió en el control directo sobre un territorio sino más bien, en un dominio personal sobre clientes.

Según esto, hay una alternativa de dominación imperial (Mann alega más adelante —pp. 143-5— que Acadia no estaba en condiciones de imponer un imperio territorial por lo que los marxistas llamarían el incipiente desarrollo de las fuerzas productivas): el control directo, o por intermedio de las clases dominantes locales, que son convertidas en clientes del estado imperial.

Esto implica que en Roma se dio la primera alternativa y la clase dominante llegó a imponer su control directo en todo su territorio, cosa que me parece que no puede aceptarse *sans phrase*.

Recurriré al ejemplo de Grecia como parte del Imperio Romano, caso que es ciertamente muy *sui generis* por haber aportado a la clase dominante romana toda una serie de elementos culturales que llegaron a jugar un papel fundamental en lo que se puede llamar la cultura greco romana.

Es bien sabido que la conquista de Roma implicó la cooptación de las clases dominantes griegas. El caso más claro (por ser el más articulado) es el de Polibio. Ciertamente, el historiador megalopolitano no era un caso típico, pero su propia obra sirve para situarlo a él mismo.

En efecto, ante la creciente intervención romana en Grecia, que en vida de Polibio culminó en la erección de la provincia de Macedonia, la disolución de las confederaciones beocia y aquea y la creación de todo un sistema de vínculos clientelares, el megalopolitano discierne tres posiciones entre las clases dominantes. En primer lugar estarían aquellos quienes, como Calícrates de Leoncio, se apresuraban a tratar de adivinar los deseos de Roma para cumplirlos, otros como Filopemen y Licortas (padre de Polibio), aspiraban a conservar en cuanto fuera posible la independencia aquea y, finalmente, Dico de Megalópolis, que ciegamente llevó esa misma posición a tal extremo que provocó la guerra contra Roma y la ruina de los aqueos.

Una generación después, cuando el dominio de Roma ha sido reafirmado en la primera guerra mitridática, se tiene la impresión de que las dos posiciones extremas se han afirmado y la intermedia ha desaparecido. Por otra parte, sigue sin existir una provincia, único órgano concebible, en el contexto romano, del imperio territorial, que sólo surge en 27 a.C., al conformarse la provincia de Acaya, lo cual no parece haber suscitado signo alguno de inconformidad.

Para documentar el proceso de incorporación de la oligarquía griega a la nobleza romana habría que realizar estudios

ahora inexistentes, pero todo indica que esto sólo se consumó durante el principado, ya que los primeros senadores griegos fueron de la época de los Antoninos.

Un ejemplo de este punto de llegada podría ser Plutarco, ciudadano romano honrado por Trajano y que en sus *Vidas paralelas* pone a Grecia en el mismo nivel que Roma, pero sitúa la comparación en el plano moral...

Mann está consciente de esta transición de imperio de dominación (con control clientelar) a imperio territorial (con control directo). Muestra de ello es que, cuando, al hacer notar que Macedonia no fue reducida a provincia a raíz de su derrota en 167 a.C., señala que Badian, Whittaker y Harris han dudado por ello que existiera un imperialismo romano (cosa que es injusta para Harris, decidido propugnador de que el imperialismo romano ha sido uno de los más agresivos), y comenta (p. 254):

Esto es imponer concepciones más tardías del imperialismo y firmemente *territoriales* a una fase más temprana de la historia romana.

¿Por qué pasó Roma de un tipo de imperio a otro? ¿Cómo lo hizo?

Hay que tomar en cuenta que la expansión no se dio de la misma manera en todas partes y que Roma fue expandiéndose poco a poco desde el siglo v a.C., que esta expansión fue tanto territorial como por lazos clientelares (¿habría podido acaso ser de otra manera?) y que incluso en la época de la fundación del imperio había reinos clientelares (como Comagene, por ejemplo), pero Mann no hace referencias precisas a esto ni se plantea resolver estas cuestiones, tal vez porque piensa que las explicaciones que sí da, cubren también esto.

La materia central del capítulo se concentra en tres asuntos: la "economía legionaria", las clases dominadas y las clases dominantes. Aunque Mann empieza por el segundo asunto, los discutiré en el orden recién enunciado.

Nuestro autor propone que hay una unidad y continuidad en la historia de Roma de 100 a.C. a 200 d.C. y agrega (pp. 272-3):

Describir la constitución romana "real", el lugar verdadero del poder político, es una labor necesariamente difícil y laboriosa, pues debe ocuparse de arreglos tanto formales como informales, y estos, con frecuencia, no están escritos. Sin embargo, yo hago un corto circuito de esa empresa y uso una medida simple del poder estatal, su *cuenta fiscal*...

Uno puede estar o no de acuerdo en lo que Mann agrega a continuación, es decir, que

los egresos nos dan una medida de las funciones del estado; los ingresos son una crónica de la autonomía relativa y de la dependencia estatal de los grupos localizados en la sociedad civil.

Sin embargo, no parece adecuado recurrir a este expediente cuando se quiere definir precisamente el papel del estado dentro de una sociedad, ya que el propio presupuesto tiene un papel que está por definirse. Las cosas se complican por la naturaleza de la documentación, pues Mann sólo toma en consideración una inscripción, la llamada *Res gestae divii Augusti*, mandada inscribir por el propio emperador y cuyo valor testimonial es aceptado por nuestro autor sin el menor asomo de duda, como si no se tratara de un elogio de Augusto a sí mismo.

Dicho esto, hay que hacer notar que, de todos modos, la conclusión de Mann parece, en términos generales, aceptable, pues él muestra que la mayor parte del gasto iba a dar al ejército y después de comparar el tamaño reducido de la burocracia (300 hombres) y el gran tamaño del ejército, declara (p. 274) que "el estado era en gran parte un ejército" y pasa a reseñar la obra de E.N. Luttwak, *The grand strategy of the Roman Empire* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1976).

La conclusión que nuestro autor saca de esto y de un pasaje mal especificado de Josefo es que Roma crecía por sus legiones,

que eran la fuerza dinámica del imperio y su equipo, "la contribución final de la edad del hierro a las posibilidades de gobierno *extenso*" (p. 276). Cuando Roma se expandió todo lo que pudo, las legiones se establecieron en las fronteras y Mann deduce de ello (pp. 277-8):

La preservación de la economía legionaria requería un gasto inmenso y constante de dinero y mano de obra. No podía haber un fin del militarismo romano, aunque sus estrategias cambiaran.

A continuación, enumera cinco elementos de la cooperación compulsiva en los estados territoriales, detectados antes en los imperios de dominación:

1. Pacificación
2. "El multiplicador militar" (los efectos que las legiones tenían en el conjunto de la economía)
3. Asignación de valor económico
4. Intensificación del proceso laboral
5. Difusión e innovación coercitivas.

Nuestro autor menciona los ingresos del erario y el fisco sólo después de esta discusión, al hablar de los límites de esta economía, y señala que en tiempos de Augusto ellos provenían de impuestos y tributos, del botín de guerra y de la propiedad personal del emperador y las herencias que recibía. En el decurso del principado, el botín desapareció, mientras que los impuestos y tributos y las propiedades del emperador aumentaron, pero nunca se reglamentó el cobro de impuestos y en consecuencia se sucitó cierto desafecto entre el pueblo, mientras que, por su parte, la clase dominante no tenía canales formales para acceder a las decisiones del estado y así, ambas clases escaparon del control del emperador.

¿Qué se puede decir de la idea de la economía legionaria? Advirtiéndolo que sólo puede considerarse una propuesta, hay que decir que ella parece muy estimulante.

Nadie niega, en efecto, que en la sociedad romana, como en la griega, las relaciones económico-sociales estaban mediadas por

el estado ni que el ejército era la institución estatal más grande. También es claro que, como tal, no tenía que tener un papel y una función vital para la conservación y el desarrollo del sistema. Pero no todas las funciones estatales dependían del presupuesto ni eran institucionales, por ejemplo, las relaciones clientelares (exploradas por R.P. Saller en *Personal patronage under the early empire*, Cambridge, University Press, 1982) eran un medio importante del estado para controlar a los latifundistas y, por medio de ellos, a los campesinos. En otras palabras, la utilidad de la propuesta de Mann está condicionada por el reconocimiento de sus límites. . .

C. En cuanto a los esclavos y los campesinos libres (las masas: pp. 260-5), la idea principal de Mann es que se fueron asimilando, es decir, la barrera entre libres y esclavos fue borrándose, al tiempo que surgía y se afianzaba otra, entre *honestiores* y *humiliores*.

Aquí se vuelve a encontrar un acuerdo entre las ideas de nuestro historiador y las de Finley, para quien, así como la esclavitud mercantil surgió cuando los campesinos reafirmaron su lugar como ciudadanos en la *pólis*, ella empezó a declinar cuando perdieron ese lugar, cosa que empieza a ocurrir a mediados del siglo II a.C. Es por ello que Tiberio Graco propuso la restauración del campesinado en 133¹⁷ y que Augusto tuvo éxito en su reforma constitucional disfrazada de restauración, y que acabó con las reliquias del poder popular: ambos planes eran expresión de posiciones alternativas frente a la crisis de Roma como ciudad-estado. Desde los respectivos puntos de vista de estos políticos, Roma podía volver a lo que había sido o

¹⁷ Hay que reconocer, desde luego, que éste no es un caso simple, ya que Graco mismo atribuía la declinación de la ciudadanía a la proliferación de la esclavitud y, de cierto modo, tenía razón. Lo que sucedía era que los romanos extendían el territorio de su estado por toda Italia y la ciudadanía, a muchas de las oligarquías de las ciudades conquistadas, con lo que la ciudad-estado era convertida en un estado territorial mientras que la importancia militar de sus ciudadanos se reducía, por lo que el ejército llegó a convertirse (con Mario en 91 a.C.) en profesional.

convertirse en un estado territorial. No debe sorprender que los latifundistas romanos hayan optado por lo más lucrativo.

Todo ello implica que este proceso secular fue una derrota de los campesinos romanos y llevó a una especie de ascenso social de los esclavos.

Una consecuencia importante que Mann destaca al exponer este proceso es la división regional de las masas ya que, al perder significado la ciudadanía, desaparecen los vínculos entre ciudadanos pobres. Éste fue uno de los factores de la división del imperio.

Nuestro historiador argumenta además (pp. 265-7) que el Imperio Romano fue benéfico para las masas (esclavos y campesinos) porque la productividad subió. Por desgracia, nuestro autor no hace el menor intento por explicar cuáles fueron los cambios (que los debió haber habido) en las relaciones de producción y en las fuerzas productivas que propiciaron o, por lo menos, permitieron alcanzar una proporción entre siembra y cultivo que sólo sería igualada en Europa en el siglo xvi.

D. Por lo que toca a la clase dominante, Mann afirma que sufría una contradicción central (p. 267).

Los "estratos superiores" se volvieron muy semejantes a una clase en nuestro sentido moderno —es decir, con un poder que residía en la "sociedad civil", sobre la propiedad privada y la autonomía *de facto* del estado— y sin embargo su posición se originaba por medio del estado y dependía continuamente del estado para sostenerse.

Además, en contraposición a lo que sucedió con las masas, los latifundistas, que ya formaban una unidad, fueron reforzando esta tendencia hasta que la mayor línea divisoria fue la que separaba la cultura latina de la griega, fenómeno que propiciaría la génesis de la escisión del imperio en Occidente y Oriente.

E. El problema de "la declinación y caída del Imperio Romano", para usar la terminología de Gibbon (y de Mann), es uno de los más complejos e importantes de la historia.

En consecuencia, y para evitar el intento de definir su significado, me remitiré a los hechos externos: el derrocamiento del último emperador de la parte occidental del imperio en 476 y la supervivencia de Bizancio.

¿Cómo ve Mann esto? Típicamente, para nada trata de dar una visión general del asunto y simplemente se limita a repetir una frase tradicional en inglés. Sin embargo, su introducción al tema (p. 283) es espectacular y desconcertante:

El colapso de Roma es la más grande historia trágica y moral de la cultura occidental.

Hay que resistir un lenguaje tan alarmista y apasionado y recurrir al análisis como remedio, y aquí casi se debe ir palabra por palabra.

Colapso es una palabra que Mann pudo muy bien haber elegido por su vaguedad, pero hay que notar que hace una fuerte impresión.

“Roma” tampoco es un término preciso en este contexto porque puede referirse al Imperio Romano (y entonces omite el Oriente) o a la ciudad de Roma (y entonces no se refiere a algo muy importante) o, finalmente, puede referirse de manera incorrecta al Occidente. De hecho, por lo que se dice en el resto de la sección (pp. 283-95) se nota que, en efecto, el análisis se centra en Occidente y que, aunque hace referencia a las condiciones socioeconómicas del Oriente (p. 294), no intenta siquiera enumerarlas y, posteriormente, apenas le dedica atención (ver el índice, *s.v.* “Byzantium”), cosa que deja mucho que desear en un estudio comparativo, por más que siga una tendencia cultural muy poderosa.

Pero lo que llama más la atención es que este “colapso de Roma” sea presentado como una historia (*story*) trágica y moral: a medio camino, nuestro sociólogo histórico se convierte en literato moralizante. Ante esto sólo queda decir que el buen estilo de los historiadores al destacar aspectos trágicos del pasado es apreciable como medio de transmisión, pero no debe erigirse en la más importante de sus tareas, mientras que el sacar lecciones de moral es algo que no les compete para nada.

Lo que más sorprende es que Mann toma todo esto al pie de la letra, no es fraseología (y por eso me detengo a analizarlo). En consecuencia, los que se han ocupado de este “colapso”, resultan narradores (*storytellers*) que aprecian la tragedia (¿constancial a los hechos?) y sacan la moraleja. Estos historiadores son clasificados en esta obra así:

- Gibbon
- el marxismo
- la burguesía democrática
- la burguesía industrial.

Me parece que, en cuanto historiadores, los que se han ocupado del tema no han privilegiado el aspecto moral, aunque hay que reconocer que ha habido moralistas que se han apoyado en las ideas que Mann atribuye a estos distintos puntos de vista, pero ¿en qué consisten éstos?

Según nuestro autor, Gibbon atribuye la caída de Roma al triunfo de la barbarie y el cristianismo, “la versión marxista” (el uso del singular es importante) ha “culpado” a la esclavitud y la consiguiente disminución del campesinado libre, “la versión burguesa democrática” (Rostovtzeff) ha “culpado” al estado por impedir el ascenso de una clase media y, finalmente, “la versión burguesa industrial” ha hecho hincapié en la falta de “inventiva técnica”.

El juicio sobre Gibbon es exacto, pero los demás parecen sobresimplificadores. Seguiré el orden de Mann. Uno de los puntos de vista que más espectacularmente cambiaron en el marxismo con el ascenso de Stalin fue *precisamente* el de la caída del Imperio Romano de Occidente. En efecto, tanto Marx y Engels como Kautsky ¹⁸ pensaban que este fenómeno no fue una revolución sino —en palabras del *Manifiesto comunista*—

¹⁸ Los textos respectivos serían *El manifiesto comunista* (en el segundo párrafo) y *Die soziale Revolution*, Berlin, 1902 (uso la traducción francesa de la 2a. ed. [de 1907], única que me ha sido accesible: *La révolution sociale*, Paris, 1921).

“el hundimiento de las clases en pugna”, posición que Kautsky explicaría de la manera siguiente: ¹⁹

no encontramos nada, ni en la antigüedad ni en la edad media, que responda a nuestra concepción de la revolución social. Encontramos desde luego, luchas de clase exasperadas, numerosas guerras civiles y catástrofes políticas; pero vemos que ninguna de ellas ha llevado a una renovación profunda y duradera de las condiciones de propiedad, ni como consecuencia, ha instituido una forma nueva de sociedad.

Fue sólo en 1933 cuando Stalin impuso la idea de que la humanidad ha seguido la (indefectible) marcha del progreso por medio de una serie de revoluciones que la han hecho transitar de un modo de producción determinado a otro (cada vez más elevado), mientras que el número de modos de producción es fijo y cerrado y sólo hay una transición posible en cada caso.

Ahora bien, es cierto que Mann dice sólo que “la versión marxista” culpa a la esclavitud y la disminución del campesinado libre, pero la cuestión está en saber si se trata de la conquista del poder por una clase ascendente (versión de Stalin) o de la ruina de la sociedad en su conjunto (versión de Marx, Engels y Kautsky) porque de ello depende decidir si la decadencia y caída del Imperio Romano de Occidente fue “culpa” de los esclavos o no.

En este punto Mann no es nada claro pues no explica si, según él, “el marxismo” (para referirme a lo que él considera como tal) piensa que los esclavos tomaron el poder (¿aliándose con los germanos?) o que fue su mera existencia la culpable.

En todo caso, si se adopta la visión de Marx, Engels y Kautsky, es necesario suponer que el sistema esclavista (*i.e.* su estructura y funcionamiento) no propiciaba el surgimiento de una clase revolucionaria, como es el caso del sistema capitalista con el proletariado. Dentro de aquel sistema, el esclavismo es el elemento determinante, pero no el único, y es absurdo decir que Occidente cayó por culpa (idea que además no tiene sentido en la historia) de los esclavos, pues sin ellos simplemente

¹⁹ *Op. cit.*, pp. 15-8.

no habría existido un Imperio Romano susceptible de decaer y arruinarse. Tal parece que Mann tiene en poquísima estima el buen sentido (para no hablar de la inteligencia) de todos los marxistas.

Desde el punto de vista de Stalin, se podría plantear que la transición de la antigüedad al feudalismo fue progresista y que los esclavos o alguna otra clase arrebataron el poder a los esclavistas y se convirtieron en señores feudales. Independientemente de que esto sea patentemente falso,²⁰ no se ve cómo se le pueda aplicar a esta posición la "crítica" de Mann, sobre todo porque a la caída de "Roma" habría que verla como una revolución progresista y, entonces, más que de culpas, habría que hablar de méritos.

El problema radica pues en nuestro autor, quien despacha la posición marxista en tres renglones y nombra nada más a Marx, Perry Anderson y Geoffrey de Ste. Croix. El marxismo aparece pues como algo muy raro en el que todos los marxistas están de acuerdo, pero donde no caben las ideas que Mann le atribuye. No es pues una crítica mínimamente seria.

El resto del análisis tampoco es serio ni sostenible.

Así, la idea de Rostovtzeff está bien reportada, pero no es incompatible con el marxismo y, de hecho, se podría caracterizar como una visión que, adoptando muchos elementos marxistas, saca conclusiones opuestas.

Tampoco el punto de vista curiosamente llamado (sin argumentos) "burgués industrial" es incompatible con el marxismo, e incluso hay marxistas que lo sostienen, como Perry Anderson, mientras que historiadores como Moses Finley difícilmente pueden ser vistos como burgueses o industriales, o como ideólogos de la burguesía industrial.

Una vez caracterizadas estas posiciones, Mann les hace dos críticas generales a todas:

1. Ven el problema como si "la forma más efectiva y progresiva de una sociedad compleja fuera algún tipo de demo-

²⁰ Ni los esclavos tomaron el poder, porque se transformaron en siervos, ni los germanos constituían una clase social.

cracia" (p. 283), así que trazan el origen de la ruina de Roma en la caída de la república.

2. No entienden la inventiva técnica de los romanos.

Según el primer argumento, el progreso de una sociedad es una cuestión meramente técnica: una sociedad prospera independientemente de que esa situación sea aprovechada y controlada por una minoría (recuérdese la torpeza de Mann al explicar las ventajas que el Imperio Romano tenía para las masas). Pensar lo contrario, arguye nuestro autor, es aplicar valores del presente al pasado. Entonces, ¿los esclavos gozaban su explotación brutal?, ¿a los campesinos romanos no les importaba ser despojados de su tierra y convertidos en siervos? Parece evidente que para esas masas explotadas y despojadas, la caída de uno de los estados más opresivos de la historia no fue "una historia trágica", sino un hecho por el cual congratularse y que ellos, si acaso, deben haber sacado moralejas distintas de las que nuestro autor enumera.

Precisamente la experiencia de los hombres y las mujeres del siglo xx enseña que las dictaduras o regímenes autoritarios que justifican su existencia a nombre del progreso o la modernidad, tienden a ver estos fenómenos como algo que no necesariamente implica el bien común, sino generalmente todo lo contrario, por lo que es necesario estar alerta y aplicar esta experiencia para entender la caída de Occidente.²¹

Pero todas estas reflexiones son vanas, pues es claro que la república romana nunca fue una democracia y que sólo puede ser concebida como tal mistificándola, cosa que, por cierto, no hace ninguno de los historiadores mencionados por Mann.

Después de todos estos derrapes, Mann recupera su brillantez al tratar el segundo asunto, pues alega que lo que pasa con los historiadores modernos cuando hablan del estancamiento de la técnica en la antigüedad es que buscan el desarrollo en donde

²¹ Daniel Bensaïd hace una crítica devastadora de la noción del progreso en *Moi, la révolution. Remembrances d'un bicentenaire indigne*, Paris, Galimard, 1989, pp. 238-53.

no se dio y que la inventiva de los romanos no fue, como la actual, intensa, sino extensa, y explica (p. 285):

Las invenciones romanas más importantes fueron *extensas*, extrayendo mayor producción (*outputs*) a partir de más insumos (*inputs*) coordinados y organizados. Eran excelentes en la organización social extensa... Los romanos capitalizaron... [la revolución técnica de la edad del hierro] extendiéndose al exterior, pacificando espacio y organizándolo...

Sin embargo la aplicación de esta idea tiene también un límite obvio y, a pesar de ello, no tomado en cuenta por Mann:²² en épocas de Augusto el Imperio Romano llegó a extenderse hasta llegar a límites prácticamente infranqueables y de hecho infranqueados (las conquistas de Britania bajo Claudio, y la de Dacia bajo Trajano son excepciones). Esto implica que la inventiva extensa también tuvo sus límites y el ingenio de nuestro autor no debería haber ignorado esto. Tal vez no sobre decir que el marxista de Anderson también dice que el modo de producción esclavista sólo podía crecer territorial y extensamente.

¿Cuál es pues el cuento (*story*) de Mann y qué moraleja extrae?

Más que seguirlo paso a paso, resulta esclarecedor saltar a la conclusión (p. 295):

Por el momento podemos concluir que el fracaso de Roma al enfrentarse a un nivel superior de presión externa radicaba en el empate de poder trifurcado, empate entre la élite del poder, la clase superior y el pueblo. Enfrentar a semibárbaros ya sea de

²² Ciertamente, en la p. 285, nuestro autor reconoce que "este modelo plantea ahora una pregunta *que no puedo contestar* [subrayado mío]: ¿Los romanos *también* estaban deteniéndose en su rango de poderes extensos de innovación?" y concluye que "una respuesta completa implicaría hacer nuevas preguntas al material documental original, concentrándose en la logística de la organización", pero a continuación evade el tema y (creo) el lector se siente defraudado; ¿cómo condenar tan sumariamente explicaciones alternativas cuando no se da una explicación y argumentación completas de la posición propia? ¿Con qué derecho se sirve con la cuchara grande y aplica un sumarisimo rigor a los demás?

modo bélico o pacífico hubiera requerido cerrar sus propias brechas de poder. Las brechas no fueron cerradas aunque se hicieron tres intentos. Los Severos hicieron una irrupción fallida, Diocleciano, una segunda, Constantino y los emperadores cristianos, una tercera. *Pero su fracaso no parece haber sido inevitable: fueron abrumados por los eventos.* Así que nos quedamos en la incertidumbre en cuanto a las potencialidades cabales de este primer territorio imperial, con su élite ideológicamente coherente y su versión económico-legionaria de la cooperación compulsiva... (subrayado mío).

Según esto, el cuento va como sigue: había una vez un imperio territorial, el primero de todos, que sufría de un empate entre sus gobernantes, los latifundistas y las masas (*vide supra*, pp. 142-3), mientras que por otra parte, para desarrollarse, tenía que extenderse y sus vecinos semibárbaros no sólo no se lo permitían, sino que llegaron a hacer incursiones a su territorio e instalarse ahí. Aunque por tres veces distintos emperadores trataron con empeño de deshacer el empate, fracasaron y el imperio cayó.

¿Cuál es la moraleja?

El fracaso [de los emperadores reformistas] no parece haber sido inevitable: fueron abrumados por los eventos (*ibidem*).

¿Qué significa esto? La historia no es necesaria ni inevitable antes de que ocurra: cada coyuntura presenta una serie de posibilidades, pero éstas no son ilimitadas, ni la realización de una en automática exclusión de las otras puede ser considerada casual o accidental. De lo contrario, toda reflexión histórica, sociológica y comparativa resultaría inútil.

6. Concluiré con brevedad un escrito tan extenso. Una de las contribuciones más importantes de la obra de Moses Finley fue la aplicación de categorías de las ciencias sociales modernas a la antigüedad clásica. Partiendo de su obra y de su ejemplo, ha surgido un conjunto de historiadores y sociólogos comparatistas que han mostrado con hechos lo fructífero de esta

tarea. Con su historia del poder Mann se ha colocado entre los protagonistas de una tendencia intelectual de la que tanto classicistas como científicos sociales e historiadores debemos estar atentos.²³

²³ En la elaboración de este escrito pude aprovechar los comentarios del doctor Mauricio Beuchot y los del licenciado Lorenzo Mario Luna. Sus puntos de vista son desde luego muy distintos y los errores que subsisten son de mi exclusiva responsabilidad. Parte de la investigación en la que este artículo se basa fue realizada en Münster, Alemania, bajo los auspicios de la Fundación Alexander von Humboldt.